

Bajo la luz del anónimo

Este poemario nunca verá la luz;  
será un pacto entre la belleza y el silencio

Con mucho cariño a todos cuanto amo  
2007, Huelva

Soledad

El rostro de mi soledad  
no es el rostro del hastío,  
no es mi figura  
apoyada en la orilla  
del mar o de un papel  
aún en cueros,  
curiosamente asoma  
cuando están llenas  
las calles del mundo  
y entre todas las gentes  
no encuentro tus ojos.

El verso que fue labio un día

Este verso fue un día labio  
donde el fuego suspende  
y humanamente reniega  
del compromiso y la cercanía.

Nada más fue después  
como al principio;  
un labio entre los pájaros,  
una sombra, una pérdida.

Pero rescaté su ángel  
de nieve y su ángel de flor,  
el labio blando y dolorido,  
su sabor, sus olores

y por un instante fue algo;  
fui yo abatido y restaurado,  
una noche en vela y no,  
una dulzura intocable.

No era a mí a quién esperaban

Muchas veces en cuartos espaciosos  
he mirado sin ver el cielo  
con el palpito de un abismo  
y el silencio crecía como el agua.

Del viento he caminado  
en el viento como un secreto  
¿qué pasará esta vez?  
donde a otro esperaban era yo

de nuevo rescatado  
en las edades tempranas,  
otra vez hablando con lobos  
en el centro donde nada se dice.

Qué inspira a lo que arrojo,  
preguntan buscando un renuncio  
-debe estar saturada la palabra-  
nada y todo inspira mi verso.

Pero, ah, sí iel mar, la mar!  
pero también las cañas bandoleras;  
pero también cualquier rostro;

pero también el tiempo este sin vida;

a mi verso todo lo inspira y nada.

Un hombre mayor esperaban

y era yo volando en el viento

con el silencio bajo el brazo.

Uno de esos que no titulo

Si yo no fuera yo  
¿quién escribiría este que soy  
diciendo que si yo este no fuera?  
Una contradicción  
a veces y otras  
-cuando no soy-  
el frío en un cuarto de escarcha;  
no obstante  
es interesante no saberse;  
no hay mayor sorpresa  
que sorprenderse a uno mismo.

Quién sea no importa

No importa quien sea yo,  
que hombre o desnudez en la tierra,  
pero puedo asegurar que mi verso  
no nace de la nostalgia  
ni espera que algo suceda  
para escribir sobre lo que sucedió.  
No en vano, mi verso,  
como una mujer desnuda,  
es el mar sobre sus pechos,  
es la fosa donde la lágrima,  
un hondo rellano y yo no estoy.

Apareceré

A la espalda de este libro,  
en la última hoja  
-ya estoy allí sentado-  
apareceré yo o lo que de mí  
haya dejado la entrega;

no obstante alguna señal  
se me caerá y al recogerla  
puede ser que veáis el color  
de uno de mis ojos  
tan semejante al color  
que el otro ojo acapara.

O un brazo. O un pie cautivo  
en la línea de la sangre,  
sí, un pie o un brazo  
mientras sus parejas  
quedaron en el mueble

donde me guardo a trozos  
celosamente, como un vidrio  
rescatado por el tiempo  
de un pueblo en mosaico.

Apareceré manso, en bisel.  
Apareceré atrincherado  
en el volumen del silencio  
donde hace años debí  
encontrar mi calentura  
en algún rincón de la memoria.

Campeños y marineros poetas

Todo nace de la nada;  
no hay argumentos,  
antes de ser  
simplemente no se es,

más no se puede exprimir;  
pero pienso y dejo un resquicio  
para lo que es sin ser todavía,  
esos proyectos

que hacen madrugar  
-el vaso antes del líquido  
está colmado en su vacío de aire  
sólo que el aire no lo sabe

ni el vaso lo canta-  
Los marineros y los campesinos  
de la palabra,  
poetas sin nombre catalogado

-en cambio de ellos  
aprende la poesía a ser-  
van en sus anónimas valentías

desnudos ante un papel

que aún es nada,  
siembran y nace un verso,  
recogen las redes  
y muestran espumosa plata en azul

-vaso y aire líquido-  
sin saber hacia dónde  
por empezar, a qué nada.

Así, eso es poesía, mi buen lector;  
un camino inexorable  
que para muchos es nada  
y en cambio para otros todo.

En una esquina

Yo quisiera por un momento  
estar en la esquina  
de algo que no existiera  
y allí, en esa soledad,  
ser una equivocación  
perfecta,  
un grave error,  
la profundidad que todo grito  
sin ser hondo no tiene.

Yo quisiera no conocer  
la mujer indomable  
de mis fantasías, ni sus curvas  
como cuchillos,  
ni su boca tan imaginada,  
ni sus pies o sus puntas,  
esa mujer que en la esquina  
se nutre de mi sufrimiento  
con exacta rotundidad.

Yo quisiera que esta soledad  
fuera abril, y mayo  
la extensión de septiembre

en la esquina  
donde esa mujer me calmara  
las noches en vela

entre sus pechos rosales;  
quisiera que siempre fuera  
verano de largas luces.

Yo quisiera no saber nada  
-ya sé todo lo que hay  
que saber de no saber nada-  
y envolverme en la desolación  
hija de la ignorancia;  
yo quisiera dormir contigo,  
y averiguar el sentido de la soledad  
porque la soledad sólo al final  
tiene sentido.

Amor de ventanales

Desnudo sin cuerpo,  
amor puro,  
intacto amor de ventanales,  
amor bajo palabra  
de indomable cura;  
así es como te pienso  
en una palabra,  
en un labio,  
en una hoja distante  
pero tan llena de cercanía,  
desdoblándote en mí,  
apareciendo yo logrado  
ya y dolorido,  
así, en un labio,  
en un acento,  
así, en una palabra.

El sollozo de la muerte

He sentido sollozar a la muerte  
mientras la raíz,  
como una alondra,  
levitaba sus filamentos espirales;  
el viento entrar en unos ojos  
con indiferencia  
donde sus cristales brillaban.

He escuchado mentes sin término  
llorar sus estados de cordura  
exhibiendo sus soledades,  
maltratar sus propios derechos  
por no romper los telones  
de sus fondos puros,  
varando en un rincón sus cobardías.

He bebido bocas rosales  
y luego saboreado la melancolía  
en la terraza del olvido;  
he respirado en cuartos de agua  
aire limpio hasta dejar de serlo  
-siempre en mis amores en vilo,  
a veces desesperadamente-

De todo he aprendido y en nada  
he mostrado las tripas vegetales  
entre -ni- de las retamas;  
ahora sé tanto como tanto sabéis,  
si es mucho, mucho habré de desechar,  
si es poco me alegro  
porque en su aprendizaje justifico mi vida.

Fingiré

Fingiré que he muerto en la hierba  
-diré que el mar ahora es hierba-  
sí, sí, sí, mañana fingiré que me fui  
a las edades donde todo es viento  
y me presentaré -soy lo que gasté-

respiraciones y sangre del caduco  
sol que tiene un día sí, sí, sí me iré  
a buscar lo que nunca fui y quise  
-lo que no fui con el amor fuerte-  
y me presentaré -soy lo que nunca-

Visitaré en las solitarias avenidas  
-lejos en este cuerpo retozaron  
sus razones rojas de vidrios rotos-  
los árboles de repente moribundos  
en la distancia que largamente hubo;

sí, sí, sí marcharé hacia donde veo  
hélices en las tardes de septiembre  
y me presentaré -soy sin nombre-  
pero aún tengo algo de azul y plata,  
todavía puedo dar más, aún muerto  
y evadido en esta enfermedad grave

de inconfundibles rosarios de amor,  
fingiendo hierba en la orilla monótona  
o niebla en días de aire al aire hechos  
tras telones de plomo, como sin vida.

Desayunando poesía

Y que importará de cuando mis versos  
suplieron otras cosas,  
contemplar un mayo hondo  
o los ojos de un sol tempranero,  
el tulipán, las gaviotas juveniles,  
si yo sólo recuerdo  
el viento del Sur y la roca  
amamantando un mar virgen.  
Qué me importa el tiempo débil  
de la tierra;  
he naufragado tantas veces  
que puedo reconocirme  
de maneras distintas,  
empuñando una espada,  
porque no, tal vez en el laboro del hombre.  
Y qué si visto los andenes de gris perla,  
el cielo de un rojo fuego,  
¿qué me importa a mí? ¿cuánto  
o cómo ha de afectarme?  
Luego volveré a la casa o a la muerte  
con los bolsillos llenos de nada  
desayunando poesía.

Nada hay de ayer

Nada hay de ayer  
y nada espero para mañana;  
muestro mis huesos ahuecados  
en este preciso instante;  
esto que voy escribiendo ahora  
ya es de antes  
y para después nada dejará;  
así, el río jamás se repite  
y la palabra nunca se agota.

Amor voraz

De la sombra extraña  
que el llano al árbol no conquista,  
asomará un trozo de aire,  
un rostro desconocido  
tras una mano imposible,  
y en su perfil  
no tendrá nada gemelo;

será el signo de la sangre  
en un silencio de llama fija,  
un amor voraz no civilizado  
que se hará dueño de mi palabra.

El tiempo en la palabra;  
entendámonos poeta

Del patio y la calleja nocturna  
vagan las palabras sin oficio  
a un escalón camino de la esencia;  
primero abrirán caudales de agua  
y entre ellas salpicarán puentes,  
como quien brotes de nada suelta  
o aves en mitad de todo.

Pausa. Sólo silencio;  
después a un golpe de acento, vida.

Ahí, acento frondoso, habita ahí,  
como se desinflan tras el acto  
los cuerpos amantes;  
habita en esa exhalación  
que pugna erguirse de nuevo.

Pero el tiempo en la palabra  
pule y marcha a puntos invisibles,  
y como una flor, su pétalo es efímero  
-el viento no vence,  
la hoja se agota-  
no es tan grande el ego  
como para hacernos villanos.

La poesía es humo en las vías,  
del humo nace y como humo  
sigue a los trenes a lo lejos;  
pero luego vuelve al andén  
y al postre -mano y planta-  
porque, como el humo,  
en todo vive y en todo se alza.

Al fin uno es el que escribe,  
uno mismo así mismo,  
con la soledad  
del que habla y no dice nada;  
mas yo prefiero no decir nada  
en esta piel que habrá de extinguirme,  
hasta el final, luego enorme silencio.

Yo no soy poeta

¿Por qué el poeta  
se refleja en los espacios vacíos?  
¿Por qué siente lo que ve  
y no ve todo lo que siente?

Poeta de sol y lágrima,  
ave que no agota su vuelo,  
calle, que no astro, olvido.

Nadie sabe que llega  
en común y en común marcha,  
nadie lo ve despedirse.

¿Entiende -alma-  
y por eso escribe alma?  
¿Quizás como un rasgo poético?

A los márgenes del alma  
levanto ceras y vapores,  
pero no importa, yo no soy poeta.

Poeta de sal y de redes  
entre las barcas varadas  
en la vacación del día.

No dado por entero  
-nunca hace algo único,  
ata y escribe, escribe y así-

Solas son sus noches brunas,  
prestándose a la par que decide  
tocar líneas imaginarias.

¿Cómo será ya en los cipreses?  
En el campo o en el agua  
su sonido no conocerá fronteras.

Mas yo quiero que no me llamen  
a pesar del reflejo  
en los espacios vacíos,

a pesar de enamorarme  
hasta los huesos  
donde la cumbre al hielo no conoce.

Hombre soy, que haré  
si me quitáis la palabra  
¿cómo supondré que vivo?

Sólo la poesía es un punto invisible,  
se siente hasta que se descubre,  
un ojo, una mano, un silencio,  
es un rellano y yo no estoy.

Bajo la luz del anónimo



El Rompido – Huelva

Días distintos

El recto día no atiende prórrogas,  
pasara con las mismas horas de ayer,  
y quizás, en la entrada de la noche,  
yo me vea ante la puerta distinto.

Así, el río se solapa,  
conservando su nombre  
y la sola adelfa,  
pero jamás de su fuente  
salen dos gotas iguales.

Día o río, o contrariamente yo,  
espejos y pausas,  
nada es inmortal  
en el duro transporte de la vida.

Sólo la montaña retiene el eco puro,  
la virginal garganta del viento  
que quiebra en las esquinas  
y queda para los oídos sordos  
el volumen de sus recuerdos.

La muerte nos libraré  
de las cavilaciones inconexas,  
blanda madera o brutal mármol.

Y ya no pasaré más  
por un día diferente de mí  
hacia las cosas, flores o toneles,  
desmedidos artilugios y lúgubres,  
amor o muerte, cántaros y ríos.

Se rompió el mundo

Esta tarde ha caído la tierra  
sobre la misma tierra.  
Ha caído el cielo de las aves.

No sé hacia dónde,  
pero sentí romperse el mundo  
sobre ascuas de vivo fuego.

Ardiendo, la inconsecuencia,  
porque nada se puede hallar,  
nada tras un telón de sombra.

Nadie queda a quien llorar,  
nadie a quien sonreír,  
nadie a quien amar queda.

La mar asciende y mira.  
El hombre cae en llanto.  
Los niños juegan con las lágrimas.

La luz perfecta y marchó;  
mis manos son ratos  
de imperceptibles grietas.

Te fuiste y todo se asoló,  
y yo sigo igual en mi locura,  
en el aliento del aire huérfano.

Apágate ojo

El ojo cansado de insomnio  
-ciérrate, ciérrate-  
apágate y brilla de otro modo;  
ven al papel y recuerda  
aquello que decía  
las cosas que siempre olvidamos  
hasta el tiempo  
en que sean perfectas  
y sintamos el dolor del niño;  
ciérrate, apágate  
como el mar se aplaca en la playa  
o como el cielo  
se pierde tras los celajes;  
recuéstate en la orilla,  
en los huesos de las palabras  
y luego haz la función  
propia de los ojos,  
de la llama al descanso.

Hablare con las encinas

Copiaré en cada página  
el desorden, rutas y espacios  
en imperfecta sincronía.  
De la boca rescataré amplias  
ondas que cimbran en una peña  
preguntando a qué sabe el azul.

Diré amor mil veces  
desde mi voz imposible;  
diré luna en el día y sol nocturno.  
Hablaré con las encinas;  
¿por qué se equivocaron desnudando  
el tronco en la estación fría?

Mi mar plantada de naranjos;  
yo criaré peces en el monte  
y después vendimiaré estrellas.  
Porque hoy me he dado cuenta  
que todo es relativo;  
las bestias se disfrazan de hombres.

Que se pueden variar los rumbos,  
que no existe el hombre lobo  
porque todos somos lobos, antes.  
Ignorantes, damos importancia  
a la superficie de las cosas,  
tristes alrededor de todo.

Mas vivo en muerte

Yo moriré en la orilla  
de una mano o del mar crecido,  
la muerte me dará su anillo  
pero no enlutará la vida  
al pie de los relicarios,  
ni los huesos ya carcomidos  
harán de mi tumba el nido  
amontonados en un osario;  
que nadie tristemente  
llore ante mi esquela  
que dirá -hombre y poeta  
aún más vivo en muerte-

Hombre común

Común, así son mis palabras,  
de común diario;  
quede claro, no engaño a nadie.

En sus comunes formas  
o en la ancha levedad,  
nada buscan, nada pretenden;

así converso en plena calle,  
con palabras que advienen y callo.  
Quede claro, yo no soy poeta,

sólo amago, desde una esfera,  
la manera donde confluyen  
la belleza o la frialdad.

Cuando digo amada mía,  
no pretendo, léanme bien,  
un rasgo poético;

digo amada mía porque amo,  
o mar bello ¿no es bello el mar?  
Redondeo un pecho,

en consecuencia,  
soy bastante pueríl y simple,  
puedo soñar en el día

que soy una madeja desliada  
de sombra en el patio del verano.  
¿Por qué no?

¿cuántas veces he de morir

para soñar que vuelo  
con las hermanas gaviotas?

Y así voy, hombre común,  
como otros tantos comunes  
que duermen y se aceleran

en la común transición  
del aire hacia el aire, todavía  
antes del último escalón.

Bajo la luz del anónimo



Las barcas

Las barcas vencidas y rotas  
aún guardan redes en secreto,  
en sus quillas vuelan gaviotas;  
son en la ría de fango y viento,

extensiones por todo abrazadas  
a bravos recuerdos bien avenidos;  
entre ellas los niños cantan,  
hombres que mañana serán marinos

como sus padres, hoy en pasado  
cuentan sus cicatrices al umbral  
en la soledad del que es olvidado  
-mira, hijo mío, así es, así, el mar-

Tendidas al sol lucen morenas  
los toletes en las bordas oxidadas;  
lloran sus remos las pateras  
en las tardes sin sombra varadas.

Las barcas en sus años cuajadas,  
manifiestan en silencio qué fueron,  
el hombre de mar en la terraza,  
Y yo, esta tarde de septiembre

con la edad recia a la espalda,  
siempre las veré luciendo, siempre  
morenas a dos soles en la playa.

### Mi amigo vagabundo

A él acercaría, simple arrullo,  
mis versos fugados en bandadas,  
y desde el cielo hacia él llegaran  
pues al escribirlos los hago suyos.

Guerrero siempre en batallas  
cuyas armas son corazón y viento,  
en valor le acercaría mis versos  
que en clamor son mi voz callada.

Hermano de las olas del mundo  
que resucitan en todas las playas,  
compañero de la arena calmada,  
íntimo de la noche, tibio trotamundo.

De él aprendí que jamás la fachada  
doma al indomable sentimiento,  
que la madurez no la da el tiempo  
y desde el nacimiento la vida se escapa.

Que no hay gozo en ir iracundo  
aunque te jueguen malas pasadas,  
que la mujer es alimento y es agua  
que hay que entregarse y ser suyos

no sólo en cuerpo, a la vez en alma,  
ni como un tapiz caído, vasto espejo;  
que para ellas nunca sea reflejo  
y que por ellas la ilusión te ampara.

Mas no me a pena verle desnudo  
por dentro como un mar de palabras,  
él es así feliz, viviendo a la que salta,  
mi amigo Tomás, mi amigo vagabundo.

En las rodillas del mundo

En las rodillas del mundo,  
las tormentas,  
los murmullos de las cavilaciones,  
las estriadas lágrimas.  
Ojos rasgados se prolongan,  
gimen y se retraen.  
Todo acude al silencio,  
hacia mí y rodea el cuarto  
dejándome solo con los relojes.

En el amor...

...no debes ponerte triste  
por no haber sido  
el primero,  
debes alegrarte por ser  
el último.

En libre y en rima, sólo tiempo

En las hélices del tiempo  
se ensanchan y comprimen  
las horas del llano día;  
en los pechos entra  
como se acuesta en el trigo,  
y en sus rápidas manos  
cabe algo más que un mundo.

Lo sé porque lo oigo  
chirriando en los dinteles  
de la puerta  
como un lirio al sol afanoso,  
hacia fuera y hacia dentro  
rielando como un sufrimiento,  
hélice y día en el puño de la flor.  
¿Quién doma su arquitectura?

A su lluvia inmortal y a sus nardos  
zarpan las estaciones de los pasillos  
donde aún nada conoce a nadie,  
donde aún todo pasa y no regresa;  
tiempo cuya misión es extinguirnos  
¿quién a su simplicidad no se confiesa?

Sucede que acumulo tiempo  
en las manos y en el rostro,  
en los huesos, en los hombros  
doloridos al paso y al lamento.

Que las bisagras de los marcos  
se oxidan y también lamentan  
quizás, que la vieja puerta  
sólo aprendió a sonarlos.

Sucede que todo sucumbe  
a la antigua edad del hombre,  
que los mares van sin nombres  
y virilmente las olas sacuden.

Que cuando muera quiero  
que no me recuerden, sino  
que sea como si no hubiese ido  
al jardín donde los muertos.

Y vosotros, mis compañeros,  
seréis la idea aferrada,  
un grito de poesía callada  
cuando mi alma vuele del cuerpo.

Soneto

No quise que el soneto consumiera  
palabras y voces al mismo camino,  
ni que el centro de los versos tibios  
otros antes que yo lo consintieran.

Pero miro por la ventana y fuera  
de la mano van justos y sencillos,  
agua y nenúfar, dedo y el anillo  
apretado en los dedos como letras.

Corazón sin estudio; no soy poeta  
pero bailo en el vientre del pecado  
y es del alma donde nace mi poema.

No son los títulos mis relicarios;  
me basta la sonrisa del que entienda  
que por no saber no he de vivir callado.

Volverán a la aldea

Volverán a la playa las muchachas  
y al muelle crujiente sus habitantes,  
volverá el brillo a las ventanas  
del verano en sus largas tardes.

Volverán en sus lindas ferocidades  
en lo oscuro las aceleradas manos  
a devorar los cuerpos en claridades,  
el levante y el poniente hermanados.

volverán a las briosas veletas  
en luz sus pronósticos de viento,  
y por una vacación se hará pequeña  
la aldea de los entregados marineros.

Marcharán las alegres tristezas  
al humo de las capitales de nuevo,  
y girará la rutina su grave rueda,  
noria de la vida, la cruz del tiempo.

Allí

Allí, donde el sol no llega,  
me vengo a conversar con el mar  
y azulean las palabras  
desde mis manos en equilibrio  
-supongo que allí nadie  
ve gaviotas en la playa  
primero profundas y luego no-

Allí exhalo el aroma  
que tú por mi despliegas  
¡ah, qué perla! ¡qué descanso!  
no llora el árbol juvenil  
que la luz en su copa bebe,  
y me rodeo de un autismo allí  
aprendiendo a hablar conmigo.

Pero también dejo besos  
en tus pechos solitarios,  
allí donde el mar te conoce,  
allí donde el mar te extraña,  
allí donde completo no me parto  
de la triste ausencia,  
aunque sigas en las señales.

Allí escribo que la vida es gloria  
y a gloria sabe entonces la vida,  
y así los pájaros vuelan,  
y así aún con la muerte no;  
a nada se parece allí  
lo que aquí me nutre los días  
de insatisfechas horas.

¡Ah, hueco de mar cotidiano!  
allí, entre dos aguas,

tu nombre relampaguea  
en mi boca, y en la lejanía,  
recuerdo las tardes de mayo  
consecutivamente leves  
pero en graves parpadeos.

Con la lluvia y con la lágrima  
que nunca se llora del todo,  
abrazo el yodo y la sal  
que tienen los lugares cenicientos,  
sí, allí donde recoso mis heridas,  
así allí tú mi lágrima, mas,  
si, mi lágrima tú, allí.

Mar y papel

El mar y el papel se disputan  
estas palabras;  
mar, tú, ah mar mío,  
solitaria bestia de sal  
¿qué puedo yo hacer por ti?  
en azul al olvido arrojé mi sombra  
que es mi verdad impenetrable;  
y tú, que nutres mi silencio  
de ilusión y de derrota,  
jamás diré que nunca al desnudo  
te dejaré, papel, frío de relente.

El naranjo y el limonero

El naranjo

Ahí está, en el pequeño patio  
haciéndose inmenso;  
ahí está, profundo al silencio  
envuelto el naranjo.

De verdes sus hojas y blancos  
los azahares al tiempo,  
acercando en cada destello  
la niñez ¡ ay, naranjo

de frutos de color claro  
zarandeados por el viento!  
ahí está en blando sortilegio  
muy desnudo, muy callado

al trino de los pájaros  
y al libar de los insectos  
¡ay, viejo naranjo viejo!  
¿qué aroma en el verano

nocturno has encontrado?  
la savia gira su contento  
pero yo escucho lamento  
en tu tronco con mis manos.

Entre dos tierra levitando,  
entre dos mares y dos besos,  
entre dos bocas y dos huecos  
entre dos músicas bailando.

Doce varales tiene el palio  
y de los doce costalero,  
al grito de -luz- hacia el cielo

sube a su copa el naranjo.

Ahí, en el arriate del patio,  
frondoso y abierto,  
ahí yo, sentado escribiendo  
bajo la sombra del naranjo.

El limonero

Junto al viejo naranjo  
el cielo al limonero suspende  
y por su tronco, la crema  
de la fruta desvanece

también en colores claros  
con brazos de hojas verdes,  
sabor amarillo profundo  
el limonero a los días alegres.

Suda el alba sus manos  
y con cada gota se crece,  
su idioma bosteza y grita  
tan verde el limonero verde.

Nunca el limonero agotado,  
nunca el limonero inerme,  
siempre amigo del viento  
y enemigo de los cipreses.

Vendrán turbios y obnubilados,  
sombra amarilla y verde,  
a descifrar sus edades  
y ya no estará presente

junto al naranjo del patio

tan blanco y tan verde,  
y verán una raíz simple  
en el arriate de tu muerte.

Volará en el aire sus olores  
que el recuerdo enardece;  
murió el limonero ¡ay, naranjo!  
tu hermano amarillo y verde.



Bajo la luz del anónimo

Sucedirá...

...un día que dejaré de suceder  
en la distancia de los años o en la esquina,  
que ya no necesitaré la voz que escribo  
y que mi risa la llevará la sangre de mi línea.

Que otro día vuelvas, día

Me perfilo a la luz  
que el día no cesa de asomar  
¿quién detendrá el día de luz incesante?  
Yo sólo quiero estar solo,  
única manera de estar conmigo

¿podrías tú parar este día  
que quiero bajarme de él?  
No deseo sus surcos suspendidos  
y en el aire sus horas  
adentrándome en el hoy

que mañana será ayer,  
no quiero el espantoso  
cúmulo de tiempo sobre mis grietas  
¿quién engañará su fatuo  
instrumento?

¿quién, para que no advierta por mí,  
lo que por mí yo no advierto?  
En los espacios de sus cárceles  
estoy preso a sus cerrojos  
y a sus cuevas,

pero no quiero mi oído enamorado  
en dos tiempos  
-sonidos y belleza-  
en mi soledad quiero guardar  
este día para otro día

en que hoy sean más necesarias  
sus formas,  
su olor verde, su sabor azul  
iciérrate día! iciérrate día!

Bajo la luz del anónimo

y deja tus apellidos bajo la puerta;  
te escribiré, día,  
para que otro día vuelvas.

Llegué con un par de libros  
Bajo el brazo,  
Reímos miramos el mar,  
Del mar conversamos  
Y cuando la tarde se hacía noche  
Se leyeron poemas  
De un tal Luis Gómez

La primera sangre de mi línea

Aquí, quizás, se alzó  
alguna vez al principio  
el primer muerto de mi línea;  
lo dice el aroma, las piedras;

lo canta la ría  
y el viento veloz,  
lo presume la muchacha  
de cobre y ojos negros.

Aquí, tal vez, anduvo perdido  
o durmió en la pausa  
que nadie espera,  
aquí, bajo un cielo puro,

sonámbulo en hileras de olivos  
al fondo de la duda,  
su primera palabra  
que en secreto atesoró.

¿Quién podrá decirlo?  
¿Quién me lo concertará?  
¿Acaso trenzó en la retama  
su mano en abanico?

Me pierdo en la raza  
como me pierdo en los azules;  
así qué razón, qué enigma,  
qué dicen o qué callan

si en este Sur mío  
todos somos hermanos,  
el mismo aire nos abraza  
y el mismo eco nos convoca.  
Los buenos padres

Van los buenos padres  
con sus buenas esposas,  
con sus buenos hijos  
en las tardes de otoño  
a los parques de otoño,  
padres entregados  
en el fuego y en el pan  
ignorando la desmemoria  
de los actos cumplidos.

Mis buenos amigos van  
achicando sus casas  
con el júbilo infantil,  
mientras el tiempo,  
sigue su inmaterial  
pose cenicienta.

Vienen de haber venido  
en sus viejas edades  
los trabajados abuelos  
por el patio de la tarde,  
con sus gruesos anilloso  
en sus reblandecidos dedos  
al naranjo de noviembre,  
a los hombros ágiles  
en la sangre de sus nietos.

En la noria cuentan  
cuando ellos eran  
los buenos padres,  
con sus buenas esposas,  
con sus buenos hijos  
y caminaban por el hambre  
homicida y el desaliento.



Callejón de Oviedo

Ciego en ser buen padre,  
voy y vengo en las duras hélices  
del olvido.

Batallas perdidas

Cuántas veces me habré  
cogido las manos  
con la puerta del ansia?  
Cuando hablaba a solas  
en lo oscuro del cuarto,  
esperando crecerme  
con cualquier sutileza,  
estrella o falso icono,  
y mis brazos golpeaban  
la voz que dormía.  
Cuando salía sin rumbo  
para traerme de ningún lado  
ningún alba,  
en ningunos ojos,  
cuando la realidad  
quedaba grabada en el olvido.  
Y cuántas veces  
intentando reconocerme,  
de sangre hasta los hombros,  
he luchado en batallas  
perdidas incluso antes de existir.

Palabra

Rodeado de noche  
en la noche trabajo  
mientras el insomnio,  
esa maldita espiral de litio,  
levita sus formas delirantes.

La razón no importa ni está,  
sólo sé de su constancia  
y que fuera la vida vive,  
mas me gusta esta manera  
de estar pero no estar,

esta forma de luna  
recta y redonda,  
blanca todavía y negra,  
de párpados mojados  
y de suaves pájaros,

como no, en mi cabeza  
turbiamente tibia  
que arrastra mi sombra  
hacia puntos del cuarto  
donde el viento se ahoga

y sangro tímidamente.  
Otra vez fuera el mundo vive  
sus lejanas intenciones  
de llamarme realidad  
¿qué realidad? Palabra.

El Guadiana

¡Dejad al río! ¡dejadlo que fluya!  
¡que sus aguas vienen llorando!  
¡Dejadlo turbio el río o claro!  
¡que va al mar! ¡dejad que huya

con la daga hiriente que apresura!  
que como todas las cosas bellas  
se bañan en el río las estrellas  
cuando a tientas corre a oscuras.

¡Dejadlo sentado sobre plata  
cuando en otoño se mimetiza!  
y la ribera ya sin rodillas,  
y la noche se viste de alba;

¡ay, río de profundas viseras  
de fango! ¡ah, por las marismas  
de ojos tartesos y reconquista!  
¡dejad al río que cante y muerda!

Involuto a las caídas vacilantes  
de peces o pájaros en vilo  
¡dejad su risa! ¡que lllore el río  
en invierno de ondas circulares!

Los altos álamos enlutados,  
los alegres pinos primaverales,  
las fuentes frescas del parque,  
todo te saluda a tu ágil paso;

pero ¡dejad al río en su lagar  
de la veraniega tierra huelvana!  
¡dejad al río! ¡dejad al Guadiana!  
que corre al abrazo del mar.

El de los pájaros en la cabeza

Porque tengo pájaros en la cabeza  
me llaman el hombre  
de pájaros en la cabeza  
¿por qué, si son invisibles  
los pájaros que en mi cabeza viven?.  
Nada me importa.

Y qué si en el patio desnudo  
mi cuerpo en los mediodías de mayo,  
si me pierdo mirando una flor  
durante horas ¿qué si muero  
enamorado hasta la sangre  
de las cosas simples de la vida?

Pero nada nos importa  
ni a mí ni a mis pájaros  
o a mi cuerpo desnudo;  
mis grandes enojos,  
las multitudes de mis risas,  
nadie dirá sobre mi mortaja

frases hermosas o insultos  
sobre Luis; murmurarán:  
¿sabéis que ha muerto Luis?  
sí, hombre Luis,  
ese de barba y pelo largo,  
el de los pájaros en la cabeza.

Camino verde

Nombre de monte al momento  
y al momento nombre de mar,  
verde olivo, vereda verde,  
camino verde de roto varal.

Cimbra en un blanco viento  
de la sierra verde al olivar,  
senda verde, blanco y fuerte  
su tristeza no he de olvidar.

Maduró su nombre al tiempo  
de la verde nuez en el nogal,  
entre hojas vacías, verdes  
hojas en el blanco lagrimal.

Ahora es de monte y recio,  
ahora es del azul verde del mar,  
todos andamos ese camino verde  
que tiene por nombre soledad.

La memoria de la simpleza

Pero no basta un recuerdo  
para decir de qué manera  
sucedió y hacia qué lugar  
de la memoria su simpleza  
se hizo fuerte en silencio.

Recordar lágrimas en la rosa,  
la fluidez de unos labios  
desquiciados en esta locura  
que me lleva la cárcel en la boca,  
como no, en la boca.

Recordar el beso y septiembre  
por los huesos tibios apretado  
o el destello de luces vegetales  
despidiendo una tarde de abril,  
así, el rellano de un mar toscó.

Aquello que no se ha vivido,  
imposible movimiento,  
nada ocupa y a nada impele,  
nada olvida su mentira inútil,  
nada deja para el recuerdo.

Recordar algún amor en racimo,  
pájaros que marchan y regresan  
a mi cabeza inerte y despoblada,  
mansa brusquedad en la sombra  
que todo recuerdo sabe y agota.

El recuerdo que de repente  
es vapor en los cuerpos desnudos  
que se sudaron en las ventanas,

sabor rojizo a viva hoguera  
guardado en las edades juveniles.

Recordar qué no amansar  
de lo que nunca olvidamos,  
aquellas manos breves de lirios  
incipientes y primeras a escondidas  
que voy buscando en todas las manos.

Preguntarán por nosotros

Y preguntarán por nosotros  
aquellos que vienen  
del tiempo que a nada lleva.

Temblando vendrán  
a vencer en la noche  
la luz que en el viento

no sucede, no dilata,  
no acusa sus pupilas de reojo  
en su propia oscuridad.

Puede que empiecen  
en el rojo plumizo  
que tienen algunas palabras

-rojo olvido de pan ácimo-  
¿pero quién tiene? ¿qué?  
eje de la verdad y mentira

de todo concepto  
elástico en la dualidad  
-donde ven negro veo gris-

Vendrán con la dura  
pesadilla de sus ignorancias  
a poner comas y acentos,

años a la madurez sinsentido  
y les saldrán decimales  
en los preceptos que sostienen;

pero yo los invitaré

a una tarde en mi patio,  
a una hora que sea del verso.



Te quiero, Huelva

Te quiero porque tengo que quererte,  
tan blanca y tan azul, tan marinera.  
Te quiero porque eres toda verde  
del mar azul a la encrespada sierra.

Te quiero y allá donde voy te llevo  
como amuleto albo-azul en mi cartera.  
Te quiero porque he de quererte y es mi fuero  
pasear por el mundo del brazo de mi tierra.

Te quiero por tus alegres jarales y altos,  
por los bostezos de tu aldeas y su gente.  
Te quiero por tus patios de naranjos  
y las riberas de cañas florecientes.

Te quiero y hasta que muera siempre  
te querré y te llevaré por bandera.  
Te quiero y espero que mi muerte  
la ahogues tú, Huelva mía, mi Huelva.

## Viento

En la esquina de un tejado  
suelo heridas que el viento  
tiene en el fondo del lamento  
tan de la esquina enamorado.

Como un bote yace varado,  
el viento de lonas y de hierro,  
hidalgo valeroso de los sueños,  
jamás el viento siempre soñado.

Mas yo lo busco por los lados,  
en los altos umbrales de la orilla  
¿nadie al viento por la esquina  
vió y al verlo quedó salpicado?

Bruto transparente aventado,  
quiero el viento en la conquista,  
hoy en el cuerpo, luego cenizas,  
amigo viento, viento hermano.

Por qué tu vida

Ni al frío ni al calor efímero,  
ni al agua ni al vaso por llenar;  
todo es tiempo, todo tiempo  
y volando como el viento se va

no como las estrellas con el día  
que aunque duerman ahí están;  
cruelmente deja la melancolía  
de lo vivido que no vuelve jamás.

Tiempo en los labios sin pensar  
que tras los primeros la monotonía  
será sólo un camino que caminar  
inevitablemente, boca rojísima,

y otra y otra y así hasta el final,  
hasta que por la boca se va la vida  
y en la muerte de la boca morirá,  
la misma muerte saciada en agonía.

Tiempo en el lirio que lirio será,  
lirio en el parque, en la marquesina  
que de lirios su tiempo alquilará,  
y cuantos más lirios, más finísimas

de lirios las horas por vivir callarán,  
las cosas de los lirios que se olvidan,  
al fin todo el tiempo halla su final;  
lirios, amapolas, nardos, cenizas.

y tarde o temprano el tiempo dirá  
si las vivencias fueron merecidas  
-nadie por ti tus vivencias tendrá-  
¿acaso tienes las vivencias perdidas

y todo en vano no quieres recordar?  
Pero todo fue necesario, día a día  
y con los años, y ya en el umbral,  
sin remedio se consumirá tu vida.



Cerámica de Carmen Gómez

Los pinos de Huelva

En la sombra que los pinos acapara  
de forma lenta sus tobillos de arena,  
asoman trenzadas las raíces y se alzan  
hacia el cielo con movimientos de yedra.

A sus faldas los amantes se aprietan.  
A su copa el sol dora sus ramas flacas.  
¿Qué en sus silencios de pino queda?  
Circulan bocas de amor deseadas.

Verdes pinos, blancas playas ¡mi tierra!  
¡que silbe la luna a tus rellanos atrapada!  
el Piedras corre al mar y en su delta  
los verdísimos pinos le cantan:

¡corre valiente! su canción en alabanza.  
¡Corre tus nardos! ¡despoja tu tristeza!  
que antes de ser de la mar consternada  
los pinos te abrazan con aires de Huelva.

Estoy tumbado

Estoy tumbado tras el sol  
pues mi palabra es la sombra  
que al primer barro me devuelve,  
ino me sueltes! oscuridad sin cuchillo,  
palabra mía, tú no, la otra.

De la joya, del párpado  
que mi sueño persigue  
y yo no entiendo su lenguaje,  
hago candelabros con humo  
de cobres cenicientos.

Se me ocurre tumbado  
dibujar hierba en una playa  
sin apellidos,  
voluntad que hacia dentro reclama  
cierto grado de locura;

cuando me pregunten si yo lo hice  
elevaré la cabeza -sí,  
me indujo la monotonía-  
diré a los "sensatos"  
cuya cruz es su propia sensatez

antes de que se me caiga de las manos  
otra vez el libro al suelo  
y lloren las hojas derramadas,  
otra vez en mi palabra  
que no se agota, tú no, la otra.

Doble sol

No me gustan esos días  
en que todo se presiente,  
de sol nítido y sonriente,  
sol extranjero en agonía.

Días de amor forzado al fondo  
en la hamaca de la tarde,  
días que son gotas en el aire  
y el aire es así, de pronto,

una diadema infecunda,  
un anillo de vastos despojos,  
una onda que por antojo  
muere en la orilla vagabunda.

Esos días de aldea en ruinas,  
de mar apagado y silente  
-marcha a ser combatiente  
frente al sol su valentía-

Y yo, gravemente sometido  
en aras del amor profundo  
¡ay, si yo fuera el vagabundo  
de la onda que muere en el río!

repentina, que sorprendiera  
y fueran sus mieles en mi boca  
un doble sol y una rosa  
la única luz que prendiera.

Para contar

En la esquina sucederá  
lo que sólo la esquina  
sabe que va a suceder,  
luego silencio y ya no más  
lo sucedido volverá a ser;

queda la palabra para contar,  
en un minuto entretenida,  
qué antes del silencio fué,  
una lágrima a punto de llorar  
la brusca pérdida de un ayer.

¿Será el alma más verdad  
-si se descubre su mentira-  
lo que por alma creemos saber?  
a la esquina mis pasos caminarán  
lo que habremos de recorrer

sin cartel -puede naufragar-  
que la muerte es la esquina  
hacia donde nunca va la sed  
y ni el alma te podrá salvar,  
de sus dulces garras de mujer.

Las grandes verdades

Las grandes verdades  
morán en los actos anónimos;  
no sientas tristeza, poeta,  
si la verdad de tu mejor verso  
no conoce más que tus ojos;  
podrás disfrazar  
    sus formas únicas,  
pero sólo tú  
sabes su por qué  
y su cuándo,  
hacia qué o hacia quién  
la nobleza de su silencio  
lame tus paredes,  
y esa verdad será  
tu alma nunca al olvido.

Para

Para las costuras y las nubes.  
Para la poesía y para el aire.  
Para la sucesión de los abismos.

Para el amor que no se sabe  
pero aún sin saberlo se tiene.  
Para el fuego y para el fuego.

Para la semilla, para el vientre  
que va al pensamiento desnudo.  
Para la arena y para la historia.

Para el marfil que se desliza.  
Para la red quebrada y la gaviota.  
Para la amistad y para las flores.

Para el traslado de los hijos  
ya en sus cosas templados.  
Para la sed sufrida y la calma.

Para el gobierno del timón.  
Para ti. Para mí. Para nosotros.  
¿y dónde estamos? ¿dónde?

A veces un vuelo

Ahora, en la mitad de mi vida,  
me pierdo en mareas de tiempo,  
zarpan los barcos  
y las huellas cobran importancia  
-voces que no acusan el olvido,  
grandes voces en mi cabeza-

Lengua de mujer,  
dulce cuchillada clamorosa,  
bucólicos ojos de atardecer;  
lengua de mujer primera,  
verde tallo, rosa de abril;  
-callo- hacia la noche.

Hace un segundo dejé de ser niño,  
sí, y era enfrente mía una lengua,  
un mar inmenso y resbaladizo,  
así, de mar me servía  
en esas jornadas de sol adverso;  
pero no, aún soy un niño

y mañana vendrá la mentira  
hasta la puerta de la casa  
buscando al hombre,  
y sólo encontrará un niño  
testigo de que hoy  
ha pasado la incertidumbre.

Volveré al oficio del pasado año  
-el año pasado fue hace un segundo-  
con las cosas en otro lugar,  
arruga que jamás desde mi rostro  
hizo una sonrisa;  
volveré con vegetales argumentos

a ser este que soy,  
silencioso y mordaz, errante  
en un mar sin tierra en la tierra,  
dándome a la circunstancia seré  
este que soy en mis circunstancias,  
hombre y a veces niño,  
y otras veces un vuelo.

Bajo la luz del anónimo



A lo lejos

Parque de Huelva

Estoy triste, muy triste,  
más triste aún;  
a lo lejos silban los árboles,  
la mar a lo lejos se ciñe.  
Los pájaros a lo lejos  
se aprietan,  
ciegos cantan, ciegos cimbran;  
mi tristeza muy triste se ahoga  
y calla con los pájaros  
que cimbran a lo lejos y cantan.  
Lejos la vida de estar lejos,  
a lo lejos se duele;  
lejos de vivir vivo  
en el silencio de las tumbas.  
Las alamedas oscuras,  
sombrias de amargores antiguos,  
se alinean y se rompen  
¡ah, dolor de alamedas muertas!  
A lo lejos aprendo a no recordar  
a los pájaros, a la vida,  
al silencio de las alamedas,  
triste, muy triste,  
más triste aún  
olvidando que he de olvidar.



Mijas - Málaga

Sí, soy poeta

Hace ya bastante tiempo  
que me conozco,  
pero aún hace más tiempo  
que no me conozco,  
y hay veces, muchas veces,  
todavía más veces,  
que dentro de mi piel  
alguién me habla a menudo,  
muy a menudo,  
todavía más a menudo,

y creo reconcerme  
en esa voz hueca y no.  
Pero ya cayeron las murallas,  
ya no me ofendo  
si me llaman poeta;  
poeta soy, sí,  
de la palabra simple  
y no porque mi verso  
sea bueno o no ¡qué sé yo!

Soy poeta porque me lo dice la sangre  
más cerca del sentimiento  
que de la filosofía;  
sí, soy poeta quizás sólo  
en este momento,  
no sé con qué motivo  
¿mañana? mañana no sé,  
yo hablo de este instante  
de efímeras uniones,  
hombre-palabras,  
padre e hijos.

Ahora invito a aquellos de allá

que dicen que no conozco  
al hombre;  
bien, no lo conozco  
-les digo hipócritamente-  
que mi verso es un vacío ¿y?  
¿mañana? mañana está lejos,  
mañana no sé si al decirme poeta  
se me ensanchará la vida;

en el último verso  
os presentaré al hombre-

O si me veré,  
como en esta hora perfecta,  
en la boca de un niño  
y en la mirada de un anciano  
¿mañana?  
¿quién habla de mañana?  
no sé mañana -reitero-  
si estaré en los ojos grises  
y en los labios de la supervivencia,  
o si de un zarpazo,  
como ahora, muere el poeta;  
di mi palabra, me llamo Luis.

Cosas absurdas

Perdono esta locura honda  
que repica campanas en mi cabeza  
y todo lo confunde  
es decir, bebo en los jazmines  
el olor de la luna,  
cambio todo de lugar  
arrojando amapolas en el hueco  
que dejo de un mar vacío.

Nada importará  
que me recuerden  
por mis ideas absurdas  
-qué ideas tan absurdas tenía,  
pero qué feliz era así, simple,  
como sus ideas absurdas-

Los días en blanco y negro  
son prediluvios de alas  
en los peces,  
y los árboles de la almadraba  
secretamente confiscados,  
ven pasar a alguien  
que saludan con mi nombre  
-que tengas un buen día, Luis-

Me incomodará,  
camino de las cenizas,  
escuchar algún halago  
de aquel que nunca me saludó  
-qué buen hombre era-  
mas no le pesará su falsedad  
-la hipocresía carece  
de remordimientos-

Mi locura se llama tú

y tú has de sobrevivirme,  
ah, qué de mí  
sin este desorden de pronto  
sabor de aceituna,  
sin estos bodegones de mi vida  
donde eres la fruta en el paño;  
tú debes sobrevivirme

para los míos  
en las tardes de los domingos,  
y que al leerte piensen  
que viví en soledad  
nunca solo porque así lo decidí,  
y que en mi canto  
siempre estuvieron presentes  
aquellos a quienes tanto amé;  
yo quiero que presuman  
-la mujer de nuestro padre  
se llamaba poesía-

Palabra

*"No he de preguntarme  
si está detrás de todas las cosas  
porque siento su nombre profundo  
vagar en torno al ángulo de la luz..."*

Palabra última, palabra primera,  
palabra de sombras torcaces,  
palabra donde la palabra nace  
de la palabra madre sementera.

Palabra de mar, palabra de tierra,  
palabra cuando no quedan palabras  
y sin nada que decir quiebra y calla,  
de amor palabra, palabra lastimera.

Sería por inventar una palabra,  
de esa palabra la sombra quieta,  
el fino hilo nocturno que la silencia;  
palabra que en el rocío dice alba.

Palabra que buscan los poetas  
que doran las tardes en Las Ramblas,  
palabra para el pan que es palabra,  
palabra que es fruta sobre la mesa.

La muerte y la belleza

Juego con la muerte y con la belleza,  
que no con el río,  
que no con la noche,  
porque llegada la noche baño en el río  
lo más íntimo de mi verso,  
y junto a sus aguas  
acompañó la oscuridad  
hasta entradas las primeras luces  
sobre su débil cristal quieto.

Retomé

A lo tonto a lo tonto  
fui aprendiendo a leer  
palabras que no retuve  
ni sirvieron para volar;  
más tarde descubrí  
esa paz en las entrañas  
profunda e inquieta  
en la decepcionante  
mano de los años  
y retomé la lectura  
en la playa de la infancia.

Nadie es, nada es

¿Para qué pregunto  
si nadie responde?  
Nada está en el sol  
de las medianas,  
ni el pájaro de fuego  
ni los bancos de la tarde,  
nadie es tan ciego,  
nadie ve demasiado;  
todo tiene su final  
a lo lejos o en la esquina;  
nada es blanco o es negro,  
nada es sólo alto,  
nada hay en las brasas violentas;  
y si nadie es o nada es  
¿qué hago yo preguntando?

Ya es ayer

En el momento en que termine  
de vestir el papel, partiré  
no sé dónde, no sé el motivo,  
pero cuando pasen la página,  
ya no seré yo en la sombra  
mi vasta figura inquieta.

Por el camino quizás piense  
hacia que lugar los pies  
en rotunda forma malgastados  
-saldré a buscarme por el mundo  
sin saber qué mano o qué rostro-  
en cualquier caso todavía.

Nada me detendrá en el aire  
extranjero de sal y silencio;  
acaso me despido de hoy  
y hoy será ayer mañana,  
y así hasta agotarme  
o vencerme, nunca hallarme.

De las esquivas estelas  
que las piedras bailan en los lagos,  
del sonido inmenso del mar  
o de esa gota incesante,  
de todo ello me exiliaré  
hasta ayer, sí, ya es ayer.

Mi poesía

Nada queda de la pasión  
y del ansia,  
una mano que nadie sabe,  
una luz apenas,  
el áspero boceto del silencio.

Quería yo de la vida  
sólo las largas tardes  
de septiembre,  
la blancura obligada  
en las calles de la aldea,

que la huella del verano  
prometida  
no bastara  
con su rápida inercia,  
un párpado y luego la mimbre.

Quería yo de mis edades  
revelarme al tiempo  
y que ella -sí, ella-  
se cruzara conmigo siempre,  
siempre o aún por los patios

de tal manera que en sus manos  
los años hacia atrás  
fueran en retroceso  
los huecos vacíos de la memoria  
donde nació mi hombría.

Pero en ella crece el silencio  
y nada en ella tiene límite;  
mas yo ajusto las horas  
a este febrero doliente

con irreductible exactitud,

dando un paso, prólogo de otro  
cuyo color es la noche,  
pues sólo en la noche  
me asalta la paciencia  
para nombrarla como le gusta,

más cerca de la sangre  
que del verso,  
más de la nostalgia  
que de la soledad,  
más del alma, mi poesía.

No existo

En la violencia del viento  
soy apenas yo,  
confuso y disperso  
como el semen de las flores  
o nada en la fresca alacena, nada,  
es decir, nada soy que describir,  
por tanto no existo.

En mi ventana hay  
un claro título: "aquí vive la nada,  
de la nada vino y a la nada regresó"

Nada soy en la noche sombría  
hasta que el animal alado  
despeje las estrellas del cielo  
y la tentación en el aire.

Mas dentro de nada que soy  
amo mi amor efímero, amor de nada.

Me conocéis por lo que muestro  
¿y si no soy lo que muestro?  
el verso es mío,  
y por ser mío puedo mentir  
o graznar, e incluso me permito  
darle cierto volumen a las cosas,  
árbol o brasa líquida.

Y con mi amor de nada,  
tronco o savia,  
yo te amaría, si tú quisieras  
con el todo que ata mi nada

Ser poeta

Los poetas, emborrachados de poemas,  
van con sus tintas buceando el otoño,  
ponen la semilla justa para que el retoño  
nazca con rostro de verso o diadema

en las manos como hojas atropelladas  
al pie de las aceras o en sus centros;  
el poeta no sólo admira y hacia adentro  
hila hojas y mares, luna de mañana.

El poeta, en lo inhóspito, debe ser capaz  
de hacer simple lo que simple ya es,  
la gota de agua que gotea al revés  
y suda el barro requerido a su complejidad.

No es poeta el que en blanco espera  
algo que al mundo le niegue tranquilidad,  
un torrente de turbias cosas al umbral  
donde será anciano antes de que muera.

Decir poeta ¿qué es decir soy poeta?  
vulgo faro hacedor de paz al navío,  
o batalla campal a la sombra del brío  
que cada uno para sí mismo quisiera.

Yo no sé que es ser poeta ni divulgo  
que los diez dedos de mis manos vastas  
son una fábrica de poemas, y me basta  
respirar con la inconsecuencia del  
vagabundo.

Miedo a verme

Por miedo a verme en otros reflejos  
me vengo a la vasta verdad del agua  
porque temo que al verme en el espejo  
todo se reduzca a la simple palabra

y yo haya de gritar el falso rostro  
despavorido que cunde de obligaciones;  
llegando voy hacia la frontera y otro  
yo, mío, se rinde y pide explicaciones.

¿Dónde quedó el joven y ardiente  
cuando la tierra era aún más tierra?  
mercurio que se dilata intransigente  
con cada gota de sangre en las venas.

Ya nadé sueños metálicos y dudosos,  
ya recordé a la patria estando alejado;  
ya fui firme y cansado, nunca orgulloso,  
yo sólo maltraté mi cuerpo maltratado.

Ahora que ya se retira la luz exigente,  
dejo de ser hombre -quiero descansar-  
que ya me agoté y espero la muerte  
y después mis cenizas se echen al mar.

Las barcas

Las barcas vencidas y rotas  
aún guardan redes en secreto,  
en sus quillas vuelan gaviotas;  
son en la ría de fango y viento,

extensiones por todo abrazadas  
a bravos recuerdos bien avenidos;  
entre ellas los niños cantan,  
entre ellas y serán marinos

como sus padres, hoy en pasado  
cuentan sus cicatrices al umbral  
en la soledad del que es olvidado  
-mira, hijo mío, así es, así, el mar-

Tendidas al sol lucen morenas  
los toletes en las bordas oxidadas;  
lloran sus remos las pateras  
en las tardes sin sombra varadas.

Las barcas en sus años cuajadas,  
manifiestan en silencio qué fueron,  
el hombre de mar en la terraza,  
novias fieles de viejos marineros.

Y yo, esta tarde de septiembre  
con edades recias en lontananza,  
siempre las veré luciendo, siempre  
morenas a dos soles en la playa.

Ayer no era nada

Hoy diré que nada soy  
y mañana pensaré  
-ayer dije que no era nada-  
quizás, condición inerme

de no ser nunca el mismo;  
cada minuto es un aniversario,  
sublime momento  
en mi cabeza seguramente

perpendicular  
a las amapolas que son veredas;  
muerta la jornada  
vago en qué satisfacerme

antes que se me caiga  
todo por el suelo,  
el libro o la sangre  
de sueño vencida y me anule

para ser distancia en un espejo  
de lluvias desatadas;  
la nostalgia, el impulso,  
la muerte entre mis manos.

Espero el día  
en que el día no me engañe,  
el mar es un olvido -dice-  
y que el amor pasó por mis narices

gozoso cuando aún era de la tierra  
y nada tenía límites,  
árbol dulce  
donde el río corría en azul.

Ahora asoma la noche  
y tras los visillos  
tengo en la boca  
un ligerísimo sabor a ceniza.

Pero las dichas en las flores  
son como mi cabeza desnuda;  
pasó la noche y en su estela  
el día amenaza -ayer no era nada-



El Rompido - Huelva

No estaré muerto

Cuando muera no habré muerto,  
pues serán mis anillos a la tierra  
todo lo que vivo se me considera;  
que mi palabra es amiga del viento

dicen, de la gaviota y de la arena,  
que construí castillos con el cielo,  
pero duramente vago y presiento  
que en lo dicho no me entendieran.

Mirarán hacia mi rostro volandero  
y en él una lágrima lagrimeras;  
verán que no lloro por tener pena,  
y las cenizas al ánfora del tiempo

que arrojadas serán a la marea,  
no serán mías sino del cuerpo  
que en viva del alma fue sustento  
y que queda aún mi alma cascabelera

rebotando por pasillos estrechos,  
allí donde ni la misma muerte llega;  
buscarme al fondo, tras la escalera,  
en el estante donde vive mi verso.

En esta hora de muerte

Dónde queda el amor en esta hora  
de muerte en pasillos de hielo  
que sajan como mil navajas,  
olores blancos en sus hojas  
teñidas de dulce sangre,  
de sangre ácida, de sangre amarga,  
como esa sangre que dice ser virgen  
con un grado de extrema pureza,  
o como el primer pálpito o el último hálito  
ya todo de sangre apretada.

Dónde se palpa en esta hora de muerte  
tan sólo un vértice descompasado  
en la pupilas ebrias y desorbitadas,  
pensando, tal vez pensando  
todo en una décima de tiempo disoluto,  
definitivo, de difuntos, tiempo exacto  
en la proporción que ya no nos pertenece;  
entonces ¿cuándo, dónde, qué horas son  
esas  
tan aprendidas en su desconocimiento?,  
y sobre todo; a dónde irá ese sueño  
percedero  
tantas veces evocado inconscientemente.

Uno es lo que es

En mi defensa digo no ser nada.  
Vacío los espejos de vidrios rotos  
como si mi vida fuera en cada trozo  
destellos de ayer quizás mañana.

Uno es lo que es. Demanda la circunstancia  
y mi circunstancia no cabe en un prólogo;  
no busco los números, sino en mi rostro  
sigo el surco que va dejando la lágrima.

Ya mis estantes omiten la paz y la venganza,  
el quiebro del labriego hacendoso.  
Oh, marinero de tierra, el sol es tu gozo,  
tu pan mi fruta madura, mi red su guadaña.

Yo no soy de vocación, para esos ojos que callan  
y a probar se acercan los versos que esbozo.  
Yo no hago parcelas la playa, pero al fondo  
no soy tan simple como describen las palabras.

¿No veis que mis letras caen y alzan  
tintas en el rocío de las flores?.  
¿Dónde? ¿Dónde quedan entonces  
aquellas voces asesinas y tempranas?.

¿Y los espejos rotos? ¿Dónde quedó mi cara  
que escondía mil amores?.  
Uno es hoy lo que es, y sus temores  
las sombras a las que enfrentarse mañana.



Dibujo de Elena, mi amiga de 5 años

Frecuentemente

Frecuentemente describo mi autismo  
perfecto ufano, trágicamente loco,  
acaso porque el mar me absorba un poco  
o sobre él sea mucho mi egoísmo

de faro hacedor de guía nocturno,  
de luz escasa, de pueblo monótono,  
de rodillas y faldas de talle corto  
donde duermo mi insomnio diurno.

Frecuentemente, las gaviotas ociosas,  
me hablan de sus anudadas redes  
cuando el alba cae sobre el muelle  
y la mar, mi mar azul corta la memoria

en no sé qué tiempo de mi vida,  
o sobre qué guerrero grano de arena  
que lucha y a veces mirarlo apena  
y yo muero con su hora definitiva.

Frecuentemente bebo en las pupilas del  
agua  
y fijo mis ojos en cada pequeña cosa,  
volandero, pobre cuerdo cuya boca  
no asume el silencio de su propia falacia.

Así, buen amigo, esto tiene la poesía  
en esos ratos en que el falaz oficio  
sin pedir paso te roba el juicio  
en pobre rima o emboscada asimetría.

El beso

En un beso ha de existir algo de tragedia,  
inventar que una lengua hubiera muerto  
y la otra, con flechas y lanzas al viento,  
hacer que de la muerte el aliento resurgiera,

o ser el caudal de la montaña emergente,  
aquel río cuya materia o cuyas aguas,  
es decir, una lengua y la otra resucitada,  
corran al unísono compás de la corriente.

Pero a la vez de muerte ha de tener vida,  
no sólo en las bocas, no sólo electrizante,  
ha de ser a destiempo un impulso constante  
y en esa constancia tiemblen las rodillas,

duración prolongada de las lenguas requeridas  
en impactos que sus puntas dan y regresan,  
como si fueran nazarenos con promesas  
ignotos de la proeza de un beso homicida.

Tú posees ese desparpajo al besarme  
sin importarnos la lengua que muere o la asesina;  
de la complejidad que clama la cosa más sencilla  
- entiendo por sencillez las aves en la carne -

hacemos que no sea inútil ver pasar la tarde  
entre abrazos y mil besos a escondidas,  
en los pilares del muelle o en la orilla  
cuando corres con el alma para besarme.

Nada tengo. Nada soy

Nada tengo, nada soy,  
caduco vaho en el tiempo.  
La piel desnuda es toda mi posesión,  
luego el frío del extraño,  
ángel de nieve o flor,  
solano primitivo o regadío.

Ven contempla lo que te ofrezco,  
dos manos y bolsillos de papel.

De la tierra, del fuego  
sustento más fuego;  
acerca tus manos indolentes  
y palpa, muerde la carne viva  
y el pecho, ven  
que en mi boca hay una hoguera

y nada más tengo para darte  
que el fruto en tu vientre divino.

Viste mi piel con la boca  
tuya y del viento, que es del viento  
mi desnudez sencilla,  
que es tu boca mi vestido  
y el aire se desenreda en tu cintura;  
desnúdame con calma o celeridad,

con la impaciencia de la vigilia  
y el ayuno del sol diario y del pan.

Y luego, amor, cálmate  
que ya te entregué con el cuerpo  
mi casa de alquimia bruta,  
el son del mar y del horizonte;  
mira, abre lo papeles de mi bolsillo

pues en ellos dibujé tu nombre  
mil veces y yo no estoy,  
porque nada soy, nada tengo.

Flor subyugada

Bucólica flor bajo una estrella  
al culmen del rocío empapada,  
llegará el sol, y con la mañana,  
hundirá la raíz en un aro de tierra.

Con las claras ya en su mediana  
para el viento será marioneta,  
cuenco de palabras cuyas letras  
son fuego en sus pétalos de agua.

Luego se vendrá a hacer en la casa  
del jarrón su diaria monotonía,  
y morirá poco a poco sin decir nada.

Y todos la verla dirán: con el día  
¡qué bella eras al rocío subyugada!  
y mírate ahora al son de la agonía.

Bajo la luz del anónimo

Bajo la luz del anónimo

¿Hoy? aún no sé mi nombre  
acabo de inventarme.

Cuando se enciende una lámpara

"..cuando un lámpara se enciende  
iah, cuando se enciende una lámpara!  
se apaga la luz de una estrella,  
y por el cielo van y suceden  
penumbras sobre todas ellas.."

Cuando los cuerpos son incendiados,  
mitad fuego, mitad rota ceniza,  
suceden muchas cosas distintas  
hasta llegar ambos subyugados

a la pericia del amante o amado;  
entonces la rectitud se olvida,  
dulce olvidada ya y sin vida,  
efímera muerte que se prodigaron.

Los árboles, en el monte abrazados,  
cubren su ramas masticando rocío  
van ellas valerosas, meandros impíos,  
el mar y la montaña en agua se abrazaron

y resultó de la entrega el oro de los lagos  
que calman la abnegada coincidencia  
de jazmines y arriates en la exitencia  
que los dos - tú y yo - encontraron.

Cuando nada se dice porque de nada se  
huye  
se enciende en la noche una lámpara  
para adivinar el color de las sábanas,  
para ver todo lo que el desnudo intuye;

mientras en el confín amagan las estrellas

bajar el volumen de sus luces,  
y sus pétalos candorosos eluden  
el momento de extraordinaria belleza.



El Rompido – Huelva

El camino de la luz

Del vientre el camino de la luz  
sin conocimiento,  
causa del amor desmedido,  
sin ninguna imposición  
en el pañuelo de flores,  
muriendo en el campo  
o tras las cañas ardientes.

Del granito a la blanda edad  
la mar y otras urgencias,  
el sol por describir, los años  
con sus innecesarias rutinas  
de las voces lejos de todo;  
los nombres se crean y se cosen  
con la facilidad del sonido.

Tanto amor en cada arruga,  
pliegues y recuerdos regios,  
del niño el pecho maternal,  
el mozo y el hombre  
que reviste la piel,  
tersa hembra o frágil vidrio  
con amago de cementerio.

¿Quién nos grabará la piedra?  
Gaviotas fértiles o hijos,  
y ya no harán falta los espejos  
ni cuchillas, ni músculos o voz;  
un frío mármol que silbe los huesos  
antes de abonar la tierra flaca,  
después de que alma se fugue.

## Camino rojo

Camino rojo de rojas veredas,  
final de hidalgo consentido,  
del maíz austero la maicera,  
de la muerte amapolas y lirios.

¿A donde me llevas, qué destino?  
a lo lejos el mar se hace huella  
y a lo lejos dice que no existo  
¡ay, camino rojo de rojas veredas!

saltas en el varado de las pateras,  
y a tu paso la ría corre, va y dice  
¡ay, rojo camino de rojas veredas!  
¡qué buen sol diario te bendice!

Vas en las durezas de la tierra  
con serpenteantes movimientos  
¿quién nos acompaña en las veredas  
cuando nos zarandea el viento?

Camino rojo ¡ay, de rojas piedras!  
yo voy por el camino de un verso  
¡ay, rojo camino! ¡mira al aldea!  
y mira mi corazón estremeciendo.

Ya no

Ya no diré aquello  
que en las rosas se dice  
cuando se sueltan  
palomas en blanco,  
ni abrazaré la playa  
mientras la noche me visita  
para preguntarme qué tal todo;  
la luz sigue erosionando alturas  
-me respondo-

Ya no seré el mismo  
que a cada minuto cambia,  
como algo ávido  
que en negro brilla  
llevando la carga sin peso  
del apellido;  
muchos Luis me bailan  
en la sangre a la par que digo  
que ya no hablaré  
más con mis muertos.

Pero yo quiero hablar  
con ellos y contarles  
que la noche me pregunta  
y que brillo en negro,  
que me va bien y a veces llora  
la lágrima que me hace  
surcos en el rostro  
-la gente dice  
lo que de ellos dicen entre ellos  
para no asomar mi tristeza-

La tumba cimbra bajo mis pasos  
-aún cree que seré abono-  
mas sólo oigo el silbido en azul.

Con mis muertos  
he quedado en una esquina,  
que se ocuparán de la estancia  
donde quizás mi alma no repose  
su espíritu de gozo y aventura  
¿habrá peñas que escalar?  
¿mares que bucear?

El pino

El sol al árbol suspende  
y con sus manos de fuego  
de su tronco la savia arroja

¡ah, resina de pino inquieto!  
tinta y sangre resinosa,  
savia que el árbol desprende.

Rama, verde criatura  
en la luz bebiendo,  
fruto que la tierra pierde

y hacia dentro camina -diciendo-  
más pino seré en la muerte,  
en últimos compases de frescura.

Las proporciones de una mesa  
lleva a los lugares en luto  
donde el pino antes prisionero;

nunca fue libre en el mundo  
ni alegre el árbol arrabalero,  
blanco lienzo para letras.

Porque llegó hasta tus aros  
el hombre perdiendo las razones  
sin palabra en el arma afilada

con mil dientes a diapasones  
afinados, orquesta que oxidada  
por detrás se lava las manos.

Mi sombra

Si ella tropieza y cae,  
o en la esquina desaparece  
y de repente asoma su prisa;  
si se abraza  
en la sombra que la luz aplaca  
y mira de frente mi vergüenza  
mientras en el muro  
crea escaparates en negro,  
entonces sé que era yo  
el cuerpo caído,  
el que doblaba en la acera,  
aquel que besaba labios hermosos,  
y ella, sin nombre,  
la parte que muestra  
todas mis verdades.